



Enfermos y médicos

Patients and physicians

■ Guy de Maupassant* (†)

■ ¡Qué misterio tan singular es el recuerdo! Uno va ensimismado por las calles bajo el primer sol de mayo y de repente, como si unas puertas cerradas durante mucho tiempo se abrieran en la memoria, cosas olvidadas vuelven a nuestra mente. Pasan, se continúan con otras y nos hacen revivir horas pasadas, horas lejanas.

¿Por qué esas bruscas vueltas al pasado? ¿Quién lo sabe? Un olor que flota, una sensación tan ligera que apenas hemos notado, pero que uno de nuestros órganos ha reconocido; un escalofrío, incluso el efecto del sol que daña al ojo; quizá un ruido, una nada que nos rozó en una circunstancia pasada y que volvemos a encontrar, basta para hacernos volver a ver de golpe un país, gentes, acontecimientos que habían desaparecido de nuestro pensamiento.

¿Por qué un soplo de aire cargado de olores, de hojas bajo los castaños de los Campos Elíseos, evoca súbitamente un camino, una carretera, la altura de una montaña en Auvernia?

A la izquierda, entre dos cimas, aparece el majestuoso cono del poderoso Puy de Dôme. Alrededor de este pesado gigante, más o menos cerca de él, se yergue un macizo de picos. Muchos de ellos parecen conos truncados que antaño escupían fuego y humo. Volcanes apagados, cuyos cráteres muertos se han convertido en lagos.

A la derecha, el sendero domina una llanura infinita poblada de pueblos y ciudades, rica y arbolada, la Limagne. A medida que ascendemos vemos más cumbres a lo lejos y allá abajo, las cumbres de Forez. Todo este inmenso horizonte está velado por un vapor lechoso, dulce y claro. Los alrededores de Auvernia poseen un encanto infinito en su bruma transparente.

La carretera está orillada de nogales enormes que casi siempre la mantienen protegida del sol. Las faldas de los montes están cubiertas de castañares en flor, cuyos ramilletes, más pálidos que sus hojas, parecen grises en el seno del umbrío verdor.

* Relato publicado el 11 de mayo de 1884 en *Gil Blas*, semanario ilustrado de París, con el título de *Malades et médecins*. Traducción de A. Pérez-Gutiérrez.

De vez en cuando, sobre un pico de la montaña aparece una construcción en ruinas. Esta tierra estuvo erizada de fortalezas, todas muy parecidas entre sí.

Sobre un sólido edificio de planta cuadrada y festoneada de almenas, se levanta una torre. Sus muros no tienen ventanas, apenas unos casi invisibles agujeros. Pudiera decirse que estas fortalezas han crecido en las alturas como las setas en la montaña. Están construidas con piedra gris que no es nada más que lava.

Y a lo largo de los caminos se encuentran yuntas de vacas que arrastran domos de heno. Los dos animales llevan un paso lento en las empinadas pendientes y en las cuestas, frenando o tirando de la enorme carga. Un hombre va delante, controlando su paso con una vara larga con la que las toca en algunos momentos. No las pega nunca. Sobre todo parece conducir las con los movimientos de la batuta, como si fuera un director de orquesta. Posee ese gesto serio que domina a los animales y a menudo se vuelve para indicarles su voluntad. Nunca se ven caballos, excepto en las diligencias o en los coches de alquiler; y cuando hace calor, en las carreteras se levantan ráfagas de polvo que llevan un olor azucarado que recuerda algo a la vainilla y trae a la memoria los establos.

Toda la región también está perfumada por árboles olorosos. La vid, recién florecida, exhala un aroma dulce y exquisito. Los castaños, las acacias, los tilos, los abetos, el heno y las flores silvestres de las cunetas colman el aire de perfumes ligeros y persistentes.

Auvernia es la tierra de los enfermos. Sus volcanes extinguidos semejan calderas cerradas que en sus entrañas aún calientan múltiples clases de aguas minerales. De estos enormes pucheros brotan fuentes de aguas calientes que contienen, según dicen médicos interesados, todo tipo de medicamentos válidos para todas las enfermedades.

En cada una de las estaciones termales, asentadas alrededor de cada arroyo de agua templada descubierto por un lugareño, se desarrolla un conjunto de escenas sorprendentes. Todo empieza con la venta de la tierra por el paisano; la fundación de una sociedad de un capital, ficticio, de varios millones; el milagro de la construcción de un establecimiento con esos fondos imaginarios y piedras auténticas; la instalación del primer médico con título de médico inspector; la aparición del primer enfermo, por otra parte eterno, y la sublime comedia entre ese enfermo y ese médico.

Para un observador cada ciudad de aguas termales es una California festiva. Cada doctor es un tipo fascinante, desde el médico correctísimo al estilo inglés, con corbata blanca, hasta el doctor escéptico, espiritual y malicioso, que cuenta a los amigos sus métodos y sus trucos.

Entre estos dos modelos se encuentran el doctor paternal y buen muchacho, el doctor científico, el brutal, el médico de mujeres, el doctor de cabellos largos, el doctor elegante y otros muchos ejemplos. Cada tipo de médico encuentra inexorablemente su tipo de enfermos, su clientela de cándidos. Y cada día, entre ellos, en cada habitación de hotel, comienza la admirable farsa que Molière no acabó de contar por completo. ¡Oh!, si hablaran; si estos médicos hablaran, ¡qué notas; qué maravillosos documentos nos podrían dar sobre el hombre!

Sin embargo, en ocasiones, después de beber, ellos cuentan alguna aventura, una entre mil.

Uno de aquéllos, en plena inspiración, tuvo la genial idea de anunciar en los periódicos que las aguas de B..., descubiertas por él, prolongaban la vida humana. Por otro lado, en su acto no había ningún misterio. Él lo explicaba científicamente por el efecto de las sales, los minerales y los gases sobre el organismo. Incluso había escrito un extenso folleto al respecto, en el que, además, se indicaban las excursiones que podían hacerse por los alrededores.

Pero necesitaba pruebas para tales afirmaciones. Y así emprendió un pequeño viaje en búsqueda de personas centenarias.

En general, las familias pobres, no teniendo apenas con qué alimentar a sus viejos e inútiles padres, los cedían durante seis meses al año. Él los instalaba en un elegante hotelito que había bautizado como *Albergue de los Centenarios*. Aunque no todos tenían cien años, sí estaban cerca. Tal era su reclamo; su insuperable reclamo. Curar no es nada, pero vivir lo es todo. Sus aguas no curaban, ¡pero hacían vivir! ¡Qué importan el hígado, los bronquios, la laringe, los riñones, el estómago, el intestino! Vivir es lo único que importa.

Un día que estaba contento ese gran hombre contó la siguiente aventura.

Una mañana fue llamado a la vera de un nuevo viajero, M.D..., llegado la víspera por la tarde y que había alquilado un hotelito muy cerca de la fuente de la Soberana. Era un pequeño anciano de ochenta y seis años, pero todavía vivaz, flaco, de buena salud, activo y que hacía grandes esfuerzos por disimular su edad.

Hizo sentarse al médico y en seguida le preguntó:

—Doctor, si yo me encuentro bien es merced a la higiene. Sin ser muy viejo ya tengo cierta edad, pero evito las enfermedades, las indisposiciones, hasta los más ligeros malestares mediante la higiene. Usted afirma que el clima de esta región es muy favorable para la salud. Estoy dispuesto a creerle; pero, antes de afincarme aquí, quiero pruebas. Así pues, yo le rogaría que viniera a mi casa una vez a la semana para darme con exactitud la siguiente información: Deseo tener una relación completa, muy completa, de todos los habitantes del balneario y sus alrededores, que han superado los ochenta años. También necesito conocer ciertos detalles físicos y psicológicos de ellos. Quiero saber su profesión, su estilo de vida, sus costumbres. Siempre que muera una de esas personas usted deberá hacérmelo saber e indicarme la causa exacta de su muerte, así como todas sus circunstancias.

Después añadió con amabilidad:

—Espero, doctor, que llegaremos a ser buenos amigos —y alargó su pequeña y arrugada mano, que el médico estrechó a la vez que le prometía su colaboración incondicional.

A partir del día en que estuvo en posesión de la lista de los diez y siete habitantes de la región que habían sobrepasado los ochenta años, M.D... sintió despertar en su corazón un extremo interés, una infinita atención por esos ancianos que iba a ver caer uno tras otro.

No deseó conocerlos, sin duda por miedo a encontrar cierto parecido entre él y alguno de ellos que pudiera morir pronto, lo que le hubiera afectado. Pero sí

se hizo una idea muy precisa de sus personas, y sólo hablaba de ellos con el médico que todos los jueves iba a cenar con él.

Preguntaba:

—¡Y bien! Doctor, ¿qué tal marcha hoy Poinçot? Le habíamos dejado algo indispueto la semana pasada. —Y cuando el médico le había dado el parte clínico de la salud del enfermo, M.D... proponía cambios en su régimen de vida, pruebas, métodos de tratamiento que él podría aplicar en sí mismo a continuación si habían tenido éxito en los otros. Estos diez y siete viejos eran un campo de experimentación del que sacaba enseñanzas.

Una tarde, al entrar, el doctor anunció:

—Ha muerto Rosalie Tourol.

M.D... se estremeció, e inmediatamente preguntó:

—¿De qué?

—De una angina de pecho.

El pequeño anciano exclamó un ¡Ah! de alivio y añadió:

—Era demasiado obesa; demasiado gruesa. Esa mujer debía de comer demasiado. Cuando yo alcance su edad me observaré más.

Él sólo era dos años mayor, pero apenas aparentaba setenta.

Unos meses después le llegó la hora a Henry Brissot. M.D... quedó muy conmovido. En esta ocasión se trataba de un hombre delgado, de su misma edad, ni siquiera se llevaban tres meses, y una persona prudente. Estaba inquieto y no se atrevía a preguntar esperando que a el médico hablara.

—¡Ah! ¿Murió así, de repente? La semana pasada se encontraba muy bien. Habría cometido alguna imprudencia, ¿no es cierto, Doctor?

El médico, que se divertía, contestó:

—No lo creo. Sus hijos me han dicho que siempre había sido muy sensato.

Entonces, no pudiendo contenerse y temblando de angustia, M.D... preguntó:

—Pero..., pero... entonces, ¿de qué ha muerto?

—De una pleuresía.

Era una alegría. Una auténtica alegría. El pequeño anciano apretó sus secas manos una contra otra: —¡Pues claro! ¡Ya le dije que tenía que haber cometido alguna imprudencia! No se atrapa una pleuresía sin un motivo. Habría querido tomar el aire después de la cena: y el frío se le ha metido en el pecho. ¡Una pleuresía! Eso es un accidente; ¡ni siquiera se trata de una enfermedad! ¡Sólo los locos mueren de una pleuresía!

Y se puso a cenar hablando alegremente sobre los que quedaban: —Ahora sólo son quince, pero son fuertes, ¿no es verdad? Toda la vida ha sido así. Los más débiles caen los primeros; los que cumplen treinta años tienen muchas probabilidades de llegar a los sesenta; aquéllos que cumplen sesenta llegan a menudo a los ochenta, y los que alcanzan los ochenta casi siempre llegan al centenar, porque son los más robustos, los más sabios, los más enérgicos.

A lo largo del año cayeron otros dos, uno de disentería y el otro de un ahogo. M.D... celebró mucho la muerte del primero: —¡La disentería es el mal de los imprudentes! ¡Qué diablo! Doctor, debería haber vigilado usted su alimentación.

En cuanto al que se lo había llevado el ahogo, sólo podía deberse a una enfermedad del corazón mal diagnosticada hasta ese momento.

Pero, una tarde, el médico anunció el óbito de Paul Timonet, una especie de momia del que se esperaba que llegara a centenario para servir de reclamo para el balneario.

Cuando, según su costumbre, M.D... preguntó:

—¿De qué ha muerto?

El médico respondió:

—A fe mía que no lo sé.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? Siempre se sabe. ¿Acaso no tenía ninguna lesión orgánica?

El médico movió la cabeza:

—No. Ninguna.

—¿Podría tratarse de alguna afección del hígado o los riñones?

—No; estaba bien de todo eso.

—¿Había observado usted si su estómago funcionaba adecuadamente? Con frecuencia un ataque deriva de una mala digestión.

—No ha habido un ataque.

Perplejo, M.D... se movía inquieto:

—Pero, veamos. Debió morir de algo, ¿no? Por lo tanto, y según su opinión, ¿de qué fue?

El médico elevó los brazos:

—No sé nada. Absolutamente nada. Está muerto porque está muerto. Nada más.

Entonces, con una vocecilla temblorosa, M.D... preguntó:

—¿Qué edad tenía, con exactitud? Ya no la recuerdo.

—Ochenta y nueve años.

Y el pequeño anciano, con gesto incrédulo y comedido, exclamó:

—¡Ochenta y nueve años! Pero, entonces, tampoco ha podido ser por vejez... ¿No es verdad?